

La Boda

Cuento de peripecias de una boda

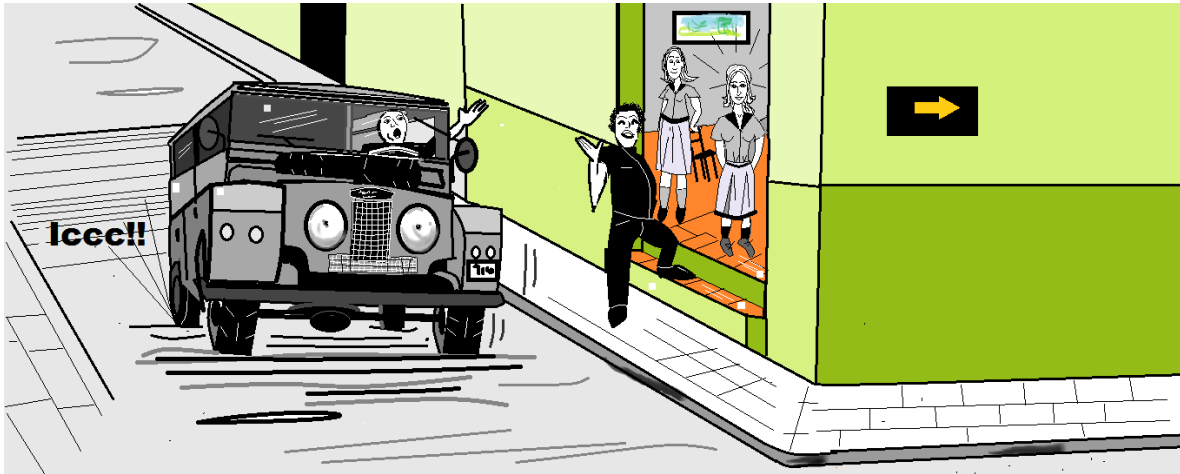
06/11/2012

Eduardo Chamorro

LA BODA

Se había fijado La fecha de la boda, sería el siete de septiembre de 1958, en la Santa Basílica de la Catedral de León, a las nueve de la mañana, seguidamente se realizaría un desayuno en la casa de la novia. Cuando la noticia llegó a Tegucigalpa, Honduras, Roberto Enrique Chamorro se puso feliz, el chavalo tenía catorce años de edad, además de sentir la emoción de ir al casamiento de su hermano mayor José Luis, implicaba esto un largo viaje a Nicaragua, sería una oportunidad de oro para hacer de fotógrafo, con su nueva cámara fotográfica regalo de su tío Henry Meyer, el esposo de su tía Eva Chamorro Eva, con quienes vivía en el centro de Tegucigalpa. Se trataba de una cámara Canon, con teleobjetivo de abertura f: 3.5 y distancia focal de 200 milímetros, montaje réflex, sin aberración cromática, lo último, además llevaría su vieja camarita Contax, modesta pero respondedora, por si las moscas. Empezó el adolescente a hacer cuentas mentales del número de rollos de 35 mm que llevaría, todos ASA 100, pues la boda sería en la mañana, con suficiente luz solar, así que encargaría raudamente cinco rollos de 36 exposiciones, Kodak, a su tío Henry, para que los comprara en Rivera y Compañía, a pocas cuadras del Honduran Mayan, el hotel propiedad del matrimonio Meyer Chamorro, no llevaría más pues eso es lo que calculó alcanzaría fácilmente en las bolsas de su traje negro sin problemas, un saco muy bonito comprado en la exclusiva tienda de Toño Rosa Álvarez.

Todo esto de la boda había sido muy rápido. Aquella fresca tarde de mayo de 1958, Yadirita, la novia, vio cómo un mozalbete que iba pasando por su calle, manejando un Land Rover de doble transmisión, parqueó y bajó del vehículo ante el llamado de uno del grupo de amigos y amigas que la acompañaban a ella, sentados todos en las gradas en el quicio de la puerta de la casa verde de dos pisos, en la esquina de barrio San Juan, León, casa de la familia Baca. El amigo que llamaba a José Luis era de Managua, estudiante universitario y aprovechaba ver pasar a su conocido para pedirle un jalón hasta la capital y a la vez fachentear con su amigo de sus amistades de León. Ése fue el primer encuentro de ambos, José Luis quedó prendado automáticamente de la rubia quinceañera, de ojos azules. Para Yadirita, fue algo diferente, vio en aquel muchacho, de Managua, ya profesional a sus veintiún años de edad, trabajando en una gran compañía llamada TOWICO (Tommy Wheelock Company), a un prospecto muy diferente a los estudiantes universitarios que pululaban en León, ciudad universitaria de Nicaragua por antonomasia para esos años, le llamó mucho la atención su educación, sus maneras, sus ojos verdes, en fin, consideró muy interesante al muchacho.



José Luis trazó todo un plan de cacería. Desde el primer momento que vio aquella cándida y fresca sonrisa y aquellos ojos azules, supo que esa era la mujer de su vida. Como él pasaba por la ciudad de León con alguna regularidad, rumbo a las diferentes haciendas que requerían los servicios técnicos que la compañía donde él trabajaba brindaba a sus clientes, aprovecharía para ir tejiendo su plan. Cuando viajaba hacia Chinandega, desde la Carretera Norte de Managua, sede de su trabajo, pasaba forzosamente por León, la calle de San Juan era la vía de salida hacia Chinandega. Él pasaba y pasaba, para que su Dulcinea lo viera. A veces la esperaba a la salida del Colegio La Asunción, lugar donde la Yadira estudiaba, colegio católico regentado por monjas francesas ubicado en la propia plaza de la ciudad colonial, enfrente del Parque Central Jerez, calle de La Marcoleta de por medio, a la vista de la Catedral y sus leones en reposo custodiándola, así como de sus atlantes soportando las vigas de su fachada.

El primer obstáculo que José Luis consideró allanar era al custodio de su Dulcinea, ella vivía con su abuelo, el Dr. Arturo

Baca Icaza, un señor de 65 años de edad, que aunque liberal de filiación, era en realidad un hombre de muchas costumbres conservadoras. Así que inopinadamente, le hizo una visita al Dr. Baca Icaza, expresándole que había conocido a su nieta Yadira y que sabiendo que él era su abuelo, lo quería conocer personalmente ya que era un hombre de mucho prestigio e historia en las guerras recientes entre los bandos liberales y conservadores del país, habiendo sido Ministro de la Guerra y otros importantes cargos. Cargaba José Luis con un problema grave, pues la familia Chamorro era de filiación política conservadora, de tradición ancestral. Zanjó el muchacho esta incidencia negativa ante las circunstancias con el nombramiento de un par de tíos paternos, como quien no quiere la cosa, en la plática con el ilustre anciano, tíos de parte de la familia Eva que eran grandes liberales, a los cuales el Dr. Baca Icaza conocía y respetaba mucho, así quedó libre ese escollo con mucha habilidad y sagacidad de parte del mozalbete, dando el Dr. Baca Icaza su asentimiento y permiso para que el joven ingeniero pudiera visitar a su nieta en su casa de habitación.

Tras pocos días de visita, empezó el noviazgo. Como ambos sintieron que eran el uno para el otro, considerando que el abuelo Arturo era ya un hombre mayor y el único albacea y refugio de la jovencita y de su hermana Mélida, la cual ya se había casado con José Antonio Pineda Galo, conocido entre sus amistades con el sobrenombre de “Marqués Pineda”. Considerando también que José Luis ya trabajaba y era profesional, así como que había sido trasladado por su compañía a la nueva sucursal que ésta había abierto en la ciudad de León, creyeron que la decisión lógica correspondiente era contraer nupcias a la brevedad.

Comunicaron la novedad al Dr. Baca, éste accedió y quedó fijada la fecha para el 7/09/1958 sin mayores preámbulos.

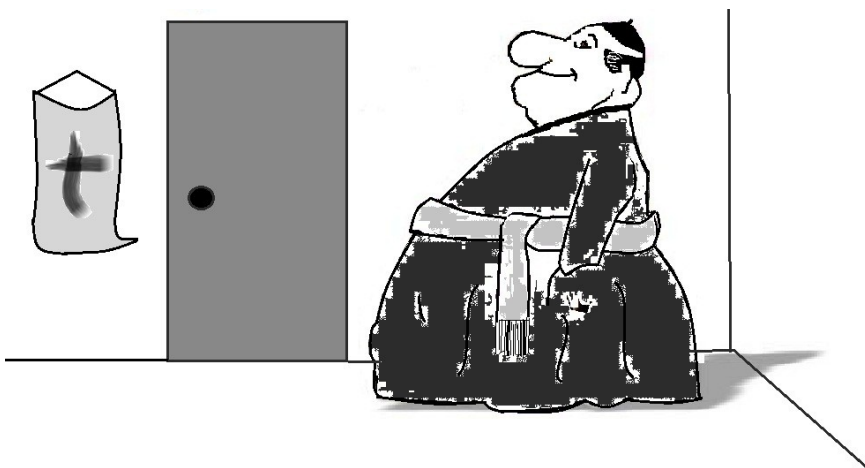
En aquellos días la costumbre leonesa era que las bodas se realizaran por las mañanas, se ofrecían desayunos. León era una ciudad de usos y costumbres muy bien arraigados, ya se sabía que las flores eran de donde la fulana de tal, que el vestido de novia lo elaboraba la doña Fulanita de Tal, que las fotografías del evento serían tomadas por el dueño de Fotos Cisneros, la recepción y desayuno serían en la casa del Dr. Baca Icaza, las sillas y mesas alquiladas donde la Nía Tal, la comida contratada a la Sra. Fulanita Perenceja y... todo así. Tal vez un inconveniente podría ser la falta de hoteles y hospedajes en León, pues solamente funcionaban dos hoteles que entraban a la lista de “decentes” en la Ciudad Metropolitana: El Hotel Europa y el Hotel América, pero tratándose de una boda diurna, era probable que los invitados del novio, todos provenientes de Managua, Tegucigalpa y otras ciudades, no pernoctaran y se regresaran por la tarde a sus lugares de origen.

La Chela Marín, en Managua, estaba contenta. Su hijo mayor se casaría pronto, desde ya empezaba a planear y a encargarse de su vestuario y del regalo especial a la pareja, sabía que vendría su cuñada Eva Chamorro con su hijo Robertito Enrique, estarían todos reunidos nuevamente, había que mandar a hacer rápidamente el trajecito de su hijo menor Edgar, sería de pantalones chingos y un corbatín marinero.

-Ve Chela, el maistro López es el que mejor hace sacos para chavalos, le dijo su hermano Chale Marín, y así fue. La abuela Elia María anduvo de arriba abajo con el chavalo por todo el centro de Managua, donde Julio Cardenal compraron

los calcetines y el corbatín, consiguieron camisa Van Heusen , blanca, y un par de zapatos negros, de charol, en la zapatería de Chico Quiñones. Edgar estaba feliz, ansiaba estar ya en la boda de su hermano José Luis, él suponía que perfectamente se podría ir en su patineta, 90 kilómetros eran babosada.

Bueno, José Luis procedió a realizar todos los trámites obligatorios de estos enlaces: Sacar su constancia eclesiástica de soltería, su Fe de Bautismo, Partida de Nacimiento, publicación de los Edictos en La Catedral o plazas públicas, para ver si no había oponentes al enlace, etc. No le simpatizó al futuro esponsal la persona del señor Obispo de la Catedral, pues lo mantuvo sentado un buen rato en una ante salita de su despacho, mientras José Luis escuchaba al cura hablar puras babosadas con alguien, voz de hombre maduro, chillón... que si estaba fresco, que si iba a llover un buen “pencazo de agua” como el de hace quince días, hummm... hummmm... que hasta se mojó los zapatos al cruzar la calle para llegar a officiar misa a la Iglesia, que si no habían visto a Fulano de Tal, que mucho estaba bebiendo, cantineando y no le estaba dando reales a su esposa ni para la comida, hummmm... hummmm... que la limosna de todos estos meses lluviosos era muy “rala” y que todo subía, a pesar de la excelente administración del Ing. Somoza, que Dios me lo proteja... en fin, puras babosadas. Pasó al fin José Luis al oscuro despacho, se sentó en una silla mecedora tejida, que representaba dignamente varias décadas de uso continuo, enfrente del escritorio del cura, vestía éste una amarillenta sotana antiguamente blanca, usaba anteojos gruesos, marco de carey, algo desteñidos, era también este personaje dueño de una voluminosa barriga, la cual se rascaba sin ningún comedimiento...



-A ver amigó... ¿En qué lo podemos servir?

-Buenos días Sr. Obispo, vengo a fijar fecha para mi boda, acá en la Catedral, a realizar todo el trámite pertinente...

-Usted no es de León, amigó, su cara no me es familiar... ¿De dónde es usted amigó?

-Managua, señor Obispo, soy de Managua.

-Ajá, contesta el cura, observando al joven de la cabeza a los pies. ¿La novia es de León?

-Sí padre, se llama Yadira Baca, es hija de Arturo...

-La conozco, amigó, la conozco, interrumpió el Obispo. Su padre es amigo mío, Arturito, Arturito... decía mientras elevaba la mirada al cielo raso y sus labios dibujaban una sonrisa maliciosa, se sobaba la panza mientras tanto. ¿Ellos están de acuerdo? ¿Sabe el Dr. Baca de esto? Esa niña está chavala.

- Sí señor, él lo sabe, contestó José Luis ya un poco molesto ante el curso de la plática. Queremos fijar la boda eclesiástica para el próximo siete de septiembre.

-¿Ya tenés todos los papeles? Soltería, pago de Edictos....

-Sí señor, contestó sonriente José Luis, -sintiéndose un muchacho eficiente-. Ya se los entregué a la secretaria allá afuera, acá está el recibo.

-Bien... bien.... Dijo el cura tomando el recibo y metiéndoselo en el ennegrecido bolsillo derecho de aquella sotana una vez húbose blanca. Dejame ver cómo estamos para esa fecha, hijó, dijo el Obispo mientras se levantaba de su poltrona y tomaba un deshojado cuaderno, enorme, cosido con hilo y aguja, que posaba sin ninguna gracia en un pequeño y desteñido buró a su izquierda, procedió a hojearlo y a ojearlo con toda la paciencia del mundo, página tras página, lanzando breves sonidos guturales con su garganta de vez en cuando, coff, coff, hummmmm.... Hummmmm... - Es un día comprometido... difícil, difícil, a menos...

-Es importante esa fecha, todos los preparativos están para ese día... dijo José Luis.

-Tendríamos que hacer un recargo a la tarifa, pues habría que cambiar varios compromisos previos, amigó, y eso acarrea sus gastitos.... Hummmmm, hummmmm...

-No importa, le agradecería que ésa fuera la fecha, por la mañana, nueve de la mañana...

-Difícil... difícil... a esa hora viene el Obispo del Viejo, tenemos reunión en la Diócesis... pero con el recarguito podemos sortear ese inconveniente...

-Está bien, pago recargo, señor Obispo.

-Bueno, bueno, la tarifa normal es doscientos cincuentas córdobas, más recarguito... serían quinientos pesitos...

-Está muy bien, hágame el recibo, por favor...

-Calma, calma, joven, tenemos que saber qué tipo de servicio querés... ¿Vas a necesitar alfombra?

-Pues me imagino que sí, Obispo...

-¿Roja o gris? Preguntó el cura.

-No sé, Ud. Dirá.

-Mirá... la gris está bastante usadita, la roja está mejor, más vistosa, más limpia, no despiden mal olor... Eso sí, la roja lleva recarguito extra, su mantenimiento es difícil... difícil... Vieras lo que cuesta cargarla y ya no digamos lavarla, eso es bien melindroso, muy contumelioso.

-Entonces la roja, dijo José Luis, cada vez más molesto.

Bien muchachó, buena escogencia... los Baca son fijados, hacés bien... hacés bien... ¿Vas a poner flores en los pasillos o en el altar?

-Preferiría con flores en ambos lados.

-Perfecto, perfecto... ¿Rojas o blancas? Las blancas huelen menos, se marchitan rápidamente, manchan el piso cuando escurren y despiden allá en el fondo, si uno pone atención, un olorcito medio molesto, como a cosa de horno, como a queso chirris, es cierto que son más baratas, pero hay cosas en que es mejor no ahorrar.

-Las rojas, dijo el joven ingeniero, ya bastante molesto con el presbítero.

-Bien... bien.... Música. ¿Con órgano o a capela? Hummmm.... Hummmmm. Coff, Coff.

-¿Qué es eso?

-A capela, mi amigo, es con el Coro Voluntario de las Damas Ancianas Veteranas del Santo Trisagio, enchalinadas, vestidas de negro ceremonioso, cantan sin micrófonos, sin guitarras ni panderetas, es lo más barato. Con órgano tenés derecho a conectar micrófono y usar la electricidad del templo para enchufar parlantes, se escucha muy bonito, la acústica de la Catedral es inmejorable... el maistro Silva es muy bueno, muy bueno, canta como los ángeles el bandido, pero eso lleva su recarguito... pues acarrear el órgano es difícil... difícil... hay que pagar carretón y cargadores, además la luz está carísima... carísima... y la vibración agrieta las paredes... es lo malo... hummmm... hummmm... decía el cura mientras se sobaba la barrigota mirando extraviadamente al cielo raso.

-El maistro Silva, pues. Contestó José Luis ya casi con su orgullo herido.

-Okay... okay... amigó, hace bien... hace bien... Arturito es fijado... yo sé lo que le digo... ¿Va a querer monaguillos?

-Sí.

-¿Los usuales o los de ceremonia?

-¿Qué es eso?

-Bueno, los usuales son Casimiro y Benjamín, sin zapatos...

-Con zapatos, interrumpió rápidamente José Luis al cura.

-Bueno... bueno... me parece buena escogencia... la gente se fija... se fija... vamos con los monaguillos de ceremonia pues, calzados y de sotana. Hummmm... Hummmmm... Se me olvidaba decirle que hay un depósito de cincuenta pesitos para limpieza del arroz que tiran a los novios a la salida... hay que barrer... hay que barrer... la gente es cochina... cochina... hummmm... hummmm...

-Está bien, pago el depósito, dijo José Luis.

-Bueno... bueno... hummm... Hummmm... déjeme ver... sumo nueve más cuatro.... Van dos... hummm... hummmmm... son mil seiscientos veinte y cinco pesitos amigó.

José Luis tragó gordo, eso era lo que ganaba en un mes, pero como era un hombre de soluciones, le propuso al cura cancelar ya la mitad y el día de la boda la otra mitad, a lo que el señor Obispo accedió, procedió a darle su recibo y así se arregló lo de la Iglesia.

El Evento

A las 8:30 de la mañana del día siete de septiembre de 1958 ya había bastante concurrencia en el atrio de la Catedral, esperando el ingreso de la novia, para iniciar la Boda Chamorro Baca. Hacía un Sol esplendoroso. Los hombres mayores vestían sacos de lino blanco, zapatos de cuero negro muy brillantes, el pelo engomado con brillantina Lanman & Kemp Barclay, sombrero de pita, blancos, olorosos a agua florida de la misma marca. Los más jóvenes vestían trajes grises y negros, iban con sus cabezas descubiertas. Las mujeres llevaban grandes vestidos largos, de algodón, hasta las pantorrillas, con chalinas negras de filigrana sobre sus cabezas, abanicándose con abanicos de manos españoles, con dibujos arabescos en ellos, se sentía al estar entre las féminas un intenso olor a Chanel No. 5. Uno que otro chavalo, de sacos y pantalones chingos, corbatín de marinero,

correteando por el atrio y montándose por turnos en el lomo del par de leones que posaban en la entrada de la Iglesia, entre ellos Edgar, el benjamín de la Chela Marín.

Roberto Enrique Chamorro ya estaba en el atrio, tomando fotos a discreción, muy posesionado de su papel auto adquirido, estaba claro que por ahí andaba un señor tomando



¡Click

fotos, le
decían
maestro
Cisneros,
pero sus
fotos
serían
mejores,
su
cámara
era más

nueva.

Un vehículo aparcó al borde de la acera, venía Yadira con su papá, Arturo Baca bajó del carro, saco blanco, bigotes poblados, le ayudó a la joven hija a bajar del mismo, ella lucía espectacular, su blanco vestido muy bello, con un ramo de flores en sus manos, una sonrisa delicada en su rostro, tal vez un poco nerviosa, pero feliz. El corro del atrio dio un discreto aplauso a la novia y se empezó a organizar el cortejo de las damitas con las arras, los anillos... Arturo tomó del brazo a su hija y esperaron en la puerta a escuchar las notas del órgano del maestro Silva para hacer su ingreso. Roberto tomó un par de fotos, click, click. El fotógrafo Cisneros le decía: -Apartate, muchacho, me quitás el ángulo- pero Roberto lo ignoraba y seguía tomando sus fotos, click, click. Edgar observaba todo jineteando en el león de cemento, la Chela lo apuraba a que bajara y él se hacía el de a peso.

José Luis, muy orondo, con sus padrinos, esperaba feliz en el altar la entrega de la novia, pero a la vez nervioso observaba que no había movimiento de cura, soledad sepulcral en el altar. Organista: ya. Flores: ya. Alfombra: ya. Monaguillos calzados y ensotanados: ya. Todo en su lugar, pero nada del cura... de repente escuchó un pssssttt... pssssttt... volteó a ver hacia el lugar de donde provenía el llamado, al principio solamente distinguió una silueta rechoncha y oscura tras la columna inmensa de la nave central del templo... ¡Era el cura! Pssssttt.. ¡Acá, acá Chamorro!... Caminó José Luis hacia él y preguntó: -¿Qué pasa señor Obispo? ¿Cuál es el atraso? ¡La novia ya espera en la puerta!

-Está pendiente la otra mitad, mi amigo, hummm... Hummmm... Estas vainas es de cayendo el muerto y soltando el llanto, mi estimado... Discúlpeme pero la gente es bandida... bandida... Ya me la han hecho antes... No hay pago no hay boda, hummm... Hummm...

-José Luis, la cara roja de rabia, se buscó el dinero en sus bolsas y prácticamente se lo aventó a la cara al numismático empresario... ¡Empiece ya la babosada!

-Ya vamos, ya vamos amigó... dijo el cura alejándose sigilosamente con el dinero en sus manos.



Mientras la boda transcurría, Roberto peleaba con el fotógrafo Cisneros los mejores ángulos para la toma de fotografías del evento, click, click, siempre con el consabido regaño: - Me estás quitando el ángulo, muchacho, hacete para allá... Roberto no le hacía caso y seguía en su oficio, click, click. La gente en las bancas pendientes de la ceremonia, las mujeres se soplaban ráfagas de aire con sus abanicos de manos, haciendo mover sus chalinas, todo muy bien, una buena boda. Hasta Edgarcito permanecía quietecito tratando de entender la seriedad del momento, al lado de la Chela Marín, la cual se enjugaba una que otra lágrima.

Acabó todo, salen los ya casados al atrio de la Catedral, tumulto de gente felicitando y dándoles sus para bienes a la novel pareja, poses para el fotógrafo Cisneros... Click, click, foto tras foto, -muchacho, me quitás el ángulo, apartate jodido, me tenés loco... decía a Roberto, que se metía en todos lados en su propia captura de los daguerrotipos, se metía a como se mete la pobreza: donde sea. Cuando Cisneros llegó a la foto número treinta y seis, según sus cuentas, pues el indicador no funcionaba desde hacía algunos

años, procedió a cambiar el rollo a la cámara fotográfica, mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco... Plick, abrió la tapa trasera de la cámara y su cara adquirió un tono y una lividez mortuoria... ¡Se le había olvidado colocar rollo a la cámara! ¡No había tomado absolutamente ninguna fotografía! ¡Qué cagada!

Roberto seguía click, click. Hoy son las únicas fotos que existen del evento... ¡Quitate muchacho! ¡Me estás quitando el ángulo, jodido con vos!

Eduardo X. Chamorro Baca

León, 06/11/2012.

